

creen copados. Kleber recibe un balazo. Los cañones caen en poder del enemigo. Kleber dirige. Llama á Chenerdin y le dice: «Déjate matar y cubre la retirada.» Este bravo militar cumplió la orden al pie de la letra. Con él retuvo á Merlin. Este tenía cerca de sí un excelente amigo, un refugiado de Mayence sin más patria que nuestros campos. Este pobre alemán se dejó matar también para salvar un ejército de Francia.

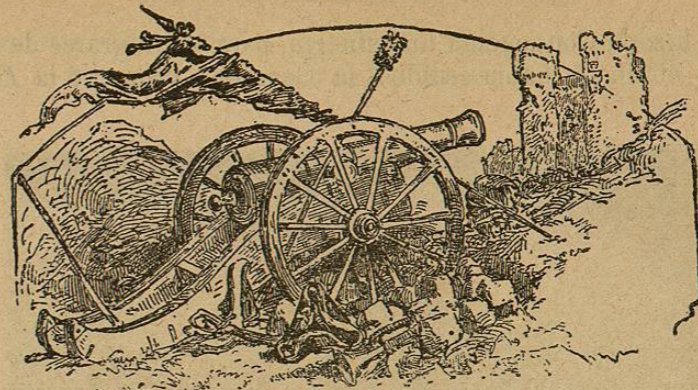
Este mismo día alguien de los que llegaron á Saumur pudo ver á Rossignol que aun se encontraba enfermo: «¿Cómo van los asuntos?—preguntó.—Mal—contestaron—Chalbos se retira—¿Cómo es esto?—¿Quién se lo ha ordenado?—Vos mismo.» Rossignol pidió su registro de cartas y al ver que la cosa era cierta cambió de color. Lo comprendió un poco tarde.

El criminal Ronsin era el que cometía todas estas traiciones.

El levantamiento en masa se hizo con el propósito de ayudar á Kleber en todo el Loira. Sin embargo, es Rossignol quien utiliza estas fuerzas. Puesto en marcha se encierra en el estrecho paso de Carou. Aquí tres mil vendeanos bastan para aplastarlo. Rossignol pensaba en su crimen y creía no poderse lavar más que con una victoria: «Muramos aquí—dijo á su lugarteniente Santerre.» No murió—dice después Santerre—pero hizo como los demás. Ni siquiera tuvo la presencia de espíritu para hacer retroceder á un cuerpo de Angers y fué batido. Todo el levantamiento en masa viendo huir las tropas regulares se desbandó; cien mil hombres volvieron á sus casas.

¿Qué hizo Ronsin? Sin avergonzarse escribió á París que durante seis días no había hecho más que vencer. Que la Vendée huía ante él. El ministro de acuerdo con él, arroja á los más fieles funcionarios.

Ronsin siguiendo las indicaciones de su carta denuncia á Canclaux y al ejército de Mayence. El entusiasmo público ante la vil delación de Ronsin no tiene límites. Se le designa con unanimidad general jefe del ejército revolucionario.



CAPITULO VI

Robespierre comprometido. — Su victoria (25 Septiembre)

Violencias de los hebertistas.—Ley de sospechosos.—Danton desesperado.—Los hebertistas denunciados.—Victoria de Robespierre en la Convención.—Dueño de la Justicia y la Policía intenta introducir la moderación y la templanza (3 de Octubre).

Merlin de Thionville no perdía un minuto. Llegó detrás de Ronsin cargado con las pruebas del crimen de Raquel, las órdenes que hizo firmar á Rossignol sorprendiéndole y traicionándole con el propósito de que el ejército de Mayence sucumbiera y Kleber sufriera la muerte.

¿Qué encontró Merlin? A los amigos de Ronsin en el pináculo de la popularidad. Todo el mundo se le reía en sus propias barbas. Se le aconseja que sea prudente y que se excuse como prueba de su derrota de Torfou.

Los hebertistas ante la demostrada debilidad de Robespierre y Danton toman mando en los Jacobinos y les obligan á marchar. Su finalidad evidente era *la muerte de los girondinos*. A cuanto se les decía objetaban: *Si, pero los girondinos viven todavía*.

Hicieron retroceder á los dantonistas estigmatizándolos con el nombre de *indulgentes*.

Los jacobinos humillados, marchando bajo la impresión del espolnazo, tenían deseos ya de probar su energía. Los días 5, 9, 15, 30 y 1.º, las comisiones jacobinas fueron á la Convención, sostuvieron debates, provocaron animadas polémicas.

Los jacobinos franquearon un paso peligroso. Constituyéronse en jueces, fueron al comité de Seguridad general, tomaron el expediente de la Gironda y se encargaron de instruir el proceso ante las barbas del comité y de la Convención.

La Asamblea no veía más que detrás de los Jacobinos á Hebert.

El día 17 hizo la Convención un esfuerzo para reintegrarse de algunas cosas que el día 5 había cedido á la Comuna. Prometió la *Ley sobre*



Su tercera á Bonaparte. (Pág. 227)

sospechosos y la promulgó, pero distinta á como la había prometido. En el proyecto del 8 los comités revolucionarios encargados de arrestar á los sospechosos estaban sumisos á la Comuna. En la ley del 17 el comité de Seguridad general de la Convención le debía enviar todos los documentos que decomisara, todas las pruebas. En otros términos,

la Convención y su comité de Seguridad quedaban dueños para la aplicación de la ley, y si por efectos de las leyes del terror, si como conse-



La masa parece hundida en las posiciones, pero se divide, se aproxima sobre las costas, dispara por todas partes escondida en las zanjas y malezas. (Pág. 249)

cuencia del estado revolucionario de que toda la nación se encontraba había necesidad de cerrar las puertas de Francia quería ser la Convención la guardadora de las llaves.

Era neutralizar en provecho de la Convención y su comité la dic-

tadura de policía que en 5 de Septiembre se había conferido á la Comuna.

El despreciable Hebert abandonó toda prudencia, y en su estúpido y ciego furor propuso algo imposible, peligroso, que servía ya de pretexto para pedir la muerte de los girondinos.

Que se suprimiera los dos comités dictatoriales y que se diera el poder á los ministros (á Hebert indudablemente). La desaparición del comité de Salud pública significa tanto como el enclaustramiento, digámoslo así, de Robespierre á las especulaciones teóricas, á la moral, á la filosofía.

Ningún periódico osó relatar esta extraña sesión de los Jacobinos.

En esta misma noche Vincent, en la sección de los Cordeleros, dirigió el último ultraje á la Convención, la exigencia de una ley declarando á los representantes que estuvieran desempeñando misiones cómplices de los abusos realizados por agentes militares.

Que los bribones, los amigos de Ronsin se pusieran á gritar: ¡A los ladrones! era cosa irritante.

Ignoramos desgraciadamente lo que ocurrió en el comité de Salud pública. Robespierre se encontró entre Collot, amigo de Hebert y Thuriot, amigo de Danton.

¿Su tolerancia ó connivencia con el comité hacia estos insensatos no significaba censurable cobardía? De debilidad en debilidad no se sabía hasta qué extremo iba á conducir tan incomprensible tolerancia. Hoy se hacía jugar á la Gironda, mañana á los dantonistas. ¡Quién sabe si sobrevendría incluso hasta la inmolación del mismo Robespierre!

De sobra lo comprendía así éste. Todo ocurría ante Hebert y por obra de sus amigos. El silencio, la paciencia de Robespierre extrañaba, asombraba.

Los dantonistas estimaron que su situación era muy peligrosa, y antes que dejarse arrastrar continuamente prefirieron separarse. ¿Las conclusiones que hicieron el día 5, les sirvieron de algo? Los enemigos se mostraban más insolentes, más audaces después de aquella fecha.

Thuriot, presidente el 5 de Septiembre, presentó su dimisión el día 20 al comité de Salud pública.

Danton abandonó la Convención y partió para Arcis.

El bueno de Garat, que fué á verlo antes que partiese, lo encontró enfermo, consternado, aterrado.

La ruina de su partido, su desastre personal, la pérdida de su popularidad le preocupaba muy poco. Lo que le taladraba el corazón era la muerte de sus enemigos. «¡No los podré salvar!» decía. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Estaba abrumado de dolor. Apagábase la llama; enfriábase la lava. El volcán se convertía en cenizas.

Su partido fué una gran falta. Los hebertistas hicieron circular la voz de que había emigrado. Los dantonistas perdieron el poderoso apo-

yo de su jefe, su voz aun tonante y persuasiva en la gran batalla que se libró el 25 de Septiembre.

Las pruebas que aportaban contra Rossignol eran tan graves que indudablemente iba á ser guillotinado sobre el campo de batalla, á menos que no se demostrase que era un idiota y que firmaba sin saber ni comprender lo que se ponía á su vista. En este caso era Ronsin quien debía depositar su cabeza sobre el patíbulo.

Ocurrió entonces la coincidencia de que desde el Norte llegaba una grave acusación contra los hebertistas del ministerio de la Guerra. Era una espantable carta escrita por dos montañeses de distinta procedencia, el maratista Bentabole, el robespierrista Levasseur. En esta carta se descubría el estado en que Bouchotté y Vincent habían dejado nuestros ejércitos; el del Norte era inferior en cuarenta mil hombres á lo que había supuesto el enemigo. Ni subsistencias, ni equipos, ni oficiales superiores. Goussin se atrevió á decirlo y fué conducido á la guillotina. Decíanlo los generales y sufrían la misma suerte. Todo revés se atribuía á la traición. Robespierre, Barere, el comité mismo censuraba á Bouchotte, por ejemplo, y aplaudían después á Hebert, temiéndole al *Pere Duchesne*.

Fué un robespierrista, Levasseur quien denunció á un ministerio al que se había aliado Robespierre.

La memorable sesión del 25 fué abierta por Thuriot. Deploró en su discurso la suerte de la Revolución caída en manos imbéciles. «¿Hemos combatido tanto para dar nuestra sangre á los ladrones, á los incapaces? ¿Hemos destruido la monarquía para entronizar á los canallas?» Nombrábase de este modo á Hebert, á Ronsin; se esperaba al final de su discurso que entregase á Ronsin al juez Fouquier-Tinville. La Convención aplaudió con entusiasmo. Pero nada ocurrió. Thuriot pidió que se imprimiera una *hoja moral*.

¡Extraña caída! Se lee después la terrible carta de Levasseur. El calor en que está escrito este documento enardece á todos los concurrentes.

El representante Briez á quien la traición le obligó á entregar la plaza de Valenciennes viviendo después en la sospecha sin osar justificarse, habló después muy cuerdamente, tanto que la Convención, no contenta con decretar la impresión del discurso, acordó el ingreso de Briez en el Comité de salud pública.

Cuando recibía el comité esta noticia apareció Merlin de Thionville para acabar de hundir el cuchillo en el corazón de Ronsin.

Merlin cuenta cuanto sabe de éste en párrafos elocuentes y fogosos.

Muchos miembros en pie, gritan: «¿Y que dice á todo esto el comité de Salud pública?»

Habla el comité por boca de Billaud-Varenes, pero torpemente, con violencia de frases, con graves recriminaciones y amenazas contra